

FINALIDAD, CAUSA FINAL

La naturaleza no hace nada en vano; se rige por fines a los cuales se ordenan la mayor parte de los fenómenos. Esa es una intuición básica de todo el mundo antiguo y un implícito en toda la obra aristotélica, que precisamente lo aleja de la intuición básica de la modernidad. La modernidad ha puesto el azar, lo casual, lo meramente probable, como centro de su reflexión. Cuando alguien dice que el matrimonio existe para tener hijos, a cualquier moderno se le encienden las alarmas. En cambio para Aristóteles, como para cualquier griego, todo tiene su propio sentido; nada se explica 'porque sí'.

Ciertos hechos pueden ser debidos al azar, pero el azar no explica por qué las cosas son como son. La única causa que muestra el sentido de las cosas, la que Aristóteles considera predominante, es la causa final. Causa final es la que asigna una meta a los fenómenos, que será también su término y su sentido, y que coincide con la forma, es decir, con lo más esencial y determinante en un ser natural. La causa final permite explicar que los pulmones sirven para la respiración y que la respiración permite la regulación térmica del organismo.

El fin es también lo que, en la práctica, orienta nuestras acciones. Igual que ponemos en marcha un cierto número de medios para lograr nuestros fines, como recoger fondos para ayudar a un amigo que se ha quedado sin dinero, también la naturaleza reúne los medios necesarios para llevar a cabo sus fines. Tal como la hoja de un hacha debe ser de un material suficientemente duro como para cortar, los tejidos y los órganos de los animales deben tener propiedades materiales propias y particulares para poder cumplir su función. Es lo que Aristóteles denomina necesidad condicional o hipotética. La naturaleza es como el médico que se cura a sí mismo. (FÍSICA, II, 8).

Eso no quiere decir que la naturaleza esté animada por una especie de inteligencia previsoras –punto en que la teoría aristotélica difiere del cristianismo. En realidad, la naturaleza, a diferencia de la técnica, no piensa. La finalidad natural no está dotada de intenciones providenciales: el bien es, básicamente, el equivalente a un programa global de desarrollo inscrito en la constitución de los seres naturales. Pero un programa tal no excluye ni los hechos del azar ni la existencia de fenómenos injustificados. O en palabras de Aristóteles: 'El ojo existe en vistas a un fin, pero no es azul en vistas a un fin determinado'. (DE LA GENERACIÓN DE LOS ANIMALES, VI, 1).